

---

Patricio Marcos\*

---

---

*DEMOCRACIA  
Y MODERNIDAD*

---

La voz democracia, de origen griego, no significa la autoridad sino el poder del pueblo; entendiéndose por pueblo sólo a las clases indigentes. Asimismo, la voz democracia nace asociada a lo que en política llamamos las formas de gobierno. Desde Heródoto hasta el último profeta moderno del pueblo judío, Marx por supuesto, pasando por Platón, Aristóteles, Polibio, Cicerón, Maquiavelo, Bodino, Hobbes, Vico, Montesquieu, Hegel e inclusive el pelirrojo Rousseau, la palabra democracia ha sido empleada como relativo. Por ser un término relativo aparece al lado de otros que designan las distintas clases de autoridades, o en su defecto, los diversos poderes, Estados y asociaciones que el hombre, como ser político o animal puede organizar para la convivencia societaria.

Sin duda todos ustedes habrán oído hablar de los nombres de dichas organizaciones. Para enunciarlas por su jerarquía, las formas de gobierno y desgobierno humano son seis: realeza, aristocracia y república, del lado de los gobiernos verdaderos o políticos; y tiranía, oligarquía y democracia del lado de los desgobiernos o poderes pasionales. Si los tres primeros son los gobiernos anteriores y originales, los tres segundos son sus contrapartes, adulteraciones de aquéllos, sus sombras o fantasmas: la tiranía de la realeza, la oligarquía de la aristocracia, y la democracia de la república. Así, afirmar que la democracia es una palabra relativa quiere decir que para saber qué es la democracia, se necesita saber lo que son las otras formas de gobierno y desgobierno. Pero como esto nos llevaría algunas horas, apartándonos del tema, sólo me referiré a la contraposición que hay entre república y democracia.

\* Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencia Política de la FCPyS-UNAM.

Salvo contadas excepciones, la mayoría de los autores considerados “clásicos” en política, confunden a la democracia con la república. Entre los antiguos no son estos los casos de Platón, Aristóteles o Cicerón. Platón llama a la república timocracia, no porque la considere un fraude, sino porque en griego la voz timo significa honor. Es el gobierno ciudadano y como tal se contrapone al desgobierno popular o democrático. Aristóteles, por su parte, llama a la timocracia platónica gobierno constitucional. Una expresión mucho más exacta. También suele designarla *politeias*, que es el gobierno de los hombres libres, una clase orientada por la virtud cívica o ciudadana, la cual busca la felicidad de todas las clases sociales con base en la justicia política, cifrada en la riqueza auténtica y en la libertad verdadera. Nosotros, que por el legado colonial contamos con una cultura latina, entremezclada con la de nuestros antepasados indígenas, conocemos a la timocracia y al gobierno constitucional bajo el nombre de república, porque en latín *res publica*, que es la traducción de la palabra griega *politeias*, significa aquella clase de Estado que hace del gobierno una cosa pública; es decir, de los hombres y las mujeres libres para beneficio de todas las partes de la sociedad, en particular de los ricos y los pobres.

Por desgracia hoy las cosas no son como antes. Hoy se cree, o que hay dos tipos de democracia, una buena y otra mala, siendo la primera la república y la segunda la democracia propiamente dicha; o lo que es más grave, que la democracia es la república, y que siendo una forma política de gobierno, es la mejor de todas.

Está por demás decir que ambas creencias son erróneas, aunque la segunda es mucho más perjudicial que la primera. Más aún: hoy en día se cree que no es posible no creer, particularmente, que no es posible no creer en la democracia. Esto ocurre porque desde que la ideológica creencia sustituye al saber de buen cuño, la política queda convertida en una especie de religión, religión en la cual la palabra democracia hace las veces de diosa. Por eso convendría dar algún retrato breve sobre lo que es la democracia.

¿Qué es la democracia? Como ya se sugirió, la democracia, al igual que la tiranía y la oligarquía, antes que una autoridad es un poder, y para quienes no lo sepan conviene añadir, que todo poder es la corrupción de la autoridad. En el caso concreto de la democracia, se trata de la corrupción de la autoridad de la clase de los hombres libres, la cual pasa a transformarse en el poder de los indigentes.

La pretensión democrática sobre el poder descansa en una idea en verdad simple. Esta idea pretende que todos los hombres, incluidas las mujeres, son iguales. (Esta es la razón por la que todas las feministas son demócratas). Así, por el solo hecho de que todos nacemos de la misma

forma, de parto y de madre, se piensa que siendo todos iguales en nacimiento, debe haber un trato igualitario en todos los aspectos de la vida, sobre todo en cuestiones atingentes al poder. Es claro que este dogma, que ningún demócrata se atreve a cuestionar, establece como criterio para distribuir los cargos públicos una base estrictamente cuantitativa, numérica: la superioridad de los más. De aquí derivan todas las instituciones democráticas, de las que sólo mencionaré las más importantes.

La primera es el procedimiento para designar a aquellos que habrán de ocupar los puestos del poder. De manera contraria a lo que se imagina, y ello con una intensa fe religiosa, el método democrático para asignar el poder no es el electoral —método en esencia oligárquico, contrapuesto al democrático—, sino el sorteo; o como dice Cicerón con elegancia, el procedimiento de la aspersión fortuita.

La razón de ello es sencilla. Elegir significa preferir —pues preferir implica escoger esto y no aquello—, y sólo puede haber preferencias ahí donde se cree que en vez de haber absoluta igualdad existen desigualdades entre los diversos candidatos a ocupar los cargos públicos. Por eso el voto es oligárquico mientras que la lotería o la suerte es democrática, ya que si todos son iguales, da lo mismo que tenga el poder fulano y sutano. Como todos deben ejercer el poder con igualdad de derechos, entonces lo mejor es que sea la suerte la que decida.

Derivada de esta institución o costumbre democrática está el gobierno por colas o por turnos. En efecto como en la democracia la diferencia que existe entre gobernantes y gobernados es debida al puro azar, entonces los cargos públicos deben durar muy poco tiempo, máximo un año, a fin de dar a todos la posibilidad de participar en el poder, o al menos que tal posibilidad tenga mayor probabilidad. De ahí que al contrario de las instituciones oligárquicas, republicanas, aristocráticas y reales, en las que los cargos públicos son de larga duración, llegando a ser no sólo vitalicios sino inclusive perpetuos —si por tal se entiende la transmisión dinástica entre las mismas generaciones o dinastías—, las responsabilidades democráticas sean muy breves y cortas. Por eso se viene a comprender que la democracia prohíba cualquier posibilidad de reelección, ya inmediata, ya mediata. Nuestra famosa leyenda "*Sufragio efectivo. No reelección*" es por eso republicana, ya que mezcla un elemento oligárquico, el voto, con un elemento democrático, limitando la desigualdad del gobernante, al menos del Presidente, a un solo periodo de tiempo, originalmente sólo de cuatro años. En México el conflicto para resolver la no reelección lo culminó el general Lázaro Cárdenas al expulsar del país al general Plutarco Elías Calles. La batalla por el sufragio efectivo la está dando ahora su hijo contra la designación por herencia, siempre corrupta, y el fraude electoral.

Otro rasgo demócrata es el ejercicio del poder para beneficio exclusivo de los pobres. Si se parte del hecho de que no es lo mismo ser pobre que rico, ni rico que libre, ni libre que noble, y menos todavía noble que soberano, entonces es evidente que el dogma de la absoluta igualdad entre todas estas categorías de seres humanos llevará a un beneficio desproporcional para el más igual, y a un perjuicio no menos desproporcionado para el más desigual. Dicho de otra manera, conducirá a una participación del poder mayor para el menos sobresaliente en contra del que más sobresale, ora por su riqueza, ora por su carácter libre, noble o soberano. Esta es la demagógica definición que dio el hombre de paja de las oligarquías norteamericanas durante la guerra de conquista y anexión del periodo 1861-1865, Abraham Lincoln, en su famoso discurso de *Gettysburg*, la cual es por desgracia lo más que llegan a saber muchos que se hacen pasar, o por profesores de política, o lo que es peor, por políticos. Él dijo que la democracia era el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Para ilustrar lo que veníamos diciendo sólo habría que corregir que la democracia es el poder o el desgobierno de los pobres, por los pobres y para los pobres. Por eso puede entenderse que la democracia iguale todas las cosas y las personas, no hacia arriba sino hacia abajo, una igualitarización que antes que mejorar empeora las cosas.

Otra costumbre demócrata es la que los antiguos griegos llamaban *ostracismo*. Consiste en desterrar, o directamente en eliminar, a todos aquellos hombres que, precisamente por ser notables, amenazan el rudo igualitarismo democrático. Es así como muchos de nuestros pseudopolíticos mexicanos entienden la célebre frase de Mao, quien definió la ideología demócrata como el florecimiento de mil flores. Los cínicos dicen, sin que les falte cierta razón, que tal florecimiento no tiene otro propósito que el de cortar las mil flores; o como dice Aristóteles en su Libro V de la *Política*, segar las espigas sobresalientes. Sin duda es el ensayista Alexis De Tocqueville, inventor de la frase "tiranía de las mayorías" para definir la democracia angloamericana, quien ilustró de manera excelsa el sistema social de vida de los estadounidenses de la primera mitad del siglo XIX durante la presidencia del rústico Andrew Jackson; el primer militar alquilado por las oligarquías para ocupar la gerencia corporativa senatorial, en premio por haber devastado a los indígenas seminóles preparando la anexión de las Floridas españolas.

Otra característica mayor de la democracia es la prodigalidad, contraria a la avaricia de las oligarquías. Se trata de una organización de poder que siempre da más de lo que toma, y ello a quien no debe, cuando no debe y también de la forma indebida. Piénsese por ejemplo en las deudas externas de los países latinoamericanos; o en el caso actual de la Unión Soviética y los países exsocialistas. En general puede decirse que

el poder democrático es siempre un poder mal administrado en relación con la riqueza.

En síntesis y para pasar a los ejemplos, que imagino es el “en cuestión” de la democracia, diría que antes que una forma de gobierno es una forma de desgobierno; una forma de desgobierno cifrada en un rechazo sistemático a cualesquier tipo de autoridad política, ya sea republicana, ya aristocrática, ya real. Por eso puedo decir que el demócrata es el astuto primo hermano del anarquista. Si éste niega la autoridad hasta sus últimas consecuencias, al grado de postular como ideal con Marx una sociedad sin Estado, el demócrata, aunque tiene la misma creencia que el anarquista se hace el loco, ya que a cambio de la inexistencia de la autoridad inventa un poder por turnos o por colas en el que, o nadie gobierne realmente, o gobiernan los demagogos. Para decirlo todo, si ustedes quieren identificar rápidamente a un demócrata sólo presten atención a un hecho: frente a cualquier tipo de autoridad, ya familiar, ya social, ya política, no dudará en hablar de autoritarismo, uno de los ismos más horribles inventados.

De tal suerte, la democracia es una organización de poder injusta, ya que a cambio de reconocer las diferentes clases sociales, con sus vicios y virtudes; y a cambio de preconizar un trato igual a iguales y desigual a desiguales; pasa a personas y cosas por las horcas caudinas de la pobreza —tanto la interior como la corporal y la exterior—, tratando injustamente a los desiguales, cual si fuesen iguales; o si se prefiere, allanando todas las eminencias. Aunque habría otras consideraciones para balancear la cosa me permitiré decir que la única virtud de la democracia no es propia sino ajena, ya que la democracia la debe a un vicio de una forma de desgobierno contraria a ella: comparada con la oligarquía de la riqueza, la democracia es un régimen de vida relajado y no de mando tenso e imperioso como el de los ricos. Claro, por mando relajado habría que entender menos despótico, a pesar de que aquí también hay otra arista: el libertinaje, tal y como lo demuestra la vida de las clases medias anglo-americanas, corrompidas por el alcohol, la droga y la imagería sexual.

Baste aquí con lo dicho sobre la democracia a fin de ver finalmente algunas ilustraciones.

Hasta antes del iluso Gorbachov, quien a semejanza de nuestros últimos presidentes sana la corrupción para entregar el patrimonio nacional a los adversarios, el mundo estaba dividido entre democracias y oligarquías como en la antigua Grecia. Eran democracias las de los países exsocialistas, y oligarquías las de los países industrializados de Occidente, incluyendo a Japón, también llamados con supremo desatino “democracias burguesas”; expresión desafortunada, aunque no sin eficacia ideológica, que es como decir círculos cuadrados.

Bien, esto era así antes del iluso Gorbachov. Hoy por desgracia las cosas se han simplificado, y no para lo mejor. Si se me permite hacer un verbo de un adjetivo diría que el mundo en el que estamos viviendo se oligarquiza a pasos agigantados. Tal oligarquización trae aparejada una consecuencia inescapable: la práctica desaparición de la democracia en la parte norte del planeta. Por eso se equivocan quienes creen que nos encaminamos hacia un mundo mejor; o aquellos que imaginan que las reformas de Europa Central y del Este son democráticas, siendo como son oligárquicas, es decir, del régimen de signo exactamente contrario a la democracia.

Así pues, el eje de los antagonismos se desplaza del Este-Oeste para pasar al Norte-Sur. En el septentrión las oligarquías; en el meridión las democracias.

En esta tendencia mundial, más por obra de los últimos presidentes que por el influjo de potencias externas —particularmente el de Estados Unidos—, México también se encuentra cogido en un desgraciado viraje hacia la oligarquía. Y lo que es peor, no una oligarquía de corte nacionalista como sucede en Europa Occidental y Estados Unidos entre los siglos XIV a XVIII, sino de una oligarquía para beneficio extranjero y perjuicio nacional. A esto le podemos llamar por su nombre: el proconsulado. Habiendo contado con una forma de gobierno muy superior y de mayor excelencia que la insidiosa alternativa democracia u oligarquía —al menos desde 1920 hasta 1940 tuvimos una realeza republicana—, nuestro país se despeña hoy aceleradamente en el derrumbadero del despotismo para beneficio del exterior, y en forma accidental, de los ricos compatriotas mexicanos.

En el panorama internacional los dados ya fueron echados con el triunfo de las pretensiones oligárquicas sobre las democráticas socialistas; triunfo causado por los propios perdedores para regocijo de los ganadores. Por eso el destino previsible de este panorama es la sumisión de los regímenes exdemocráticos a los imperiosos oligárquicos, capitaneados éstos por el imperio estadounidense y sus dos socios principales después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania y Japón. Conviene entonces decir que aquí las disputas no serán más entre ricos y pobres del norte, o si se prefiere, entre oligarquía y democracia, sino entre las propias oligarquías imperiales. Una disputa que, habría que anticiparlo, será mucho más cruenta que la que viene a sustituir. Para decirlo todo, ahora veremos a los colosos, Estados Unidos, Alemania y Japón, enfrentarse no sólo en los terrenos comercial y financiero, amén del tecnológico, sino sobre todo en el militar. Puede decirse que tales disputas interoligárquicas, las cuales marcarán los próximos setenta años, conducirán a la pérdida de la hegemonía imperial angloamericana y al ascenso hege-

mónico de Alemania y Japón, pero ante todo de Alemania.

¿Qué decir del futuro de nuestro país en este panorama tan deslavado? En México se está librando una batalla decisiva, no en el frente de la política exterior —aquí nuestros sesudos estrategas entregaron al país sin siquiera haberse planteado la posibilidad de defenderlo—, sino en el frente interno, concretamente en el electoral.

Siendo como somos hoy en día, un país que perdió su soberanía, y careciendo como carecemos de un Estado propiamente dicho, la disyuntiva parece clara. O se produce un retorno a nuestra constitución monárquico republicana original, me refiero a la de 1917, y ello mediante la designación electiva de nuestro monarca sexenal y no por la corrupta designación del Presidente saliente, o por el contrario nuestra monarquía republicana, corrompida desde 1940, acentúa como está acentuando sus rasgos despóticos para beneficio principal de los ricazos extranjeros y secundario de los nacionales, los Gastones Billetes de Quezada.

Queda entonces claro que nuestra disyuntiva no es entre oligarquía y democracia, sino entre realeza y tiranía. Si triunfa la realeza, la forma de gobierno inmemorial del pueblo mexicano, tendríamos soberanía, y si soberanía, Estado, y si Estado, una forma de gobierno republicana, con justicia para pobres y ricos. Si la tiranía se afianza como hasta ahora, entonces y en forma definitiva la pretensión oligárquica barrería con la pretensión democrática de nuestros días. Por eso, aunque parezca extraño, la lucha por restablecer la realeza republicana en México pasa por necesidad por la defensa del principio democrático, en beneficio de nuestras clases pobres —campesina, artesanal, obrera y desocupada—, defensa sin la cual es imposible restablecer el equilibrio republicano. En efecto, después del énfasis prolongado que ha recibido la pretensión oligárquica del poder en México, vertiginosamente acelerada a raíz de la deuda externa, se requiere acentuar la pretensión que le es contraria, la democrática, a fin de reinstaurar el balance entre ricos y pobres, lo más propio al gobierno republicano. Por supuesto, sin la soberanía nada de esto es posible, y la reconquista de la soberanía implica la reconquista de la autoridad política en la Presidencia de la República, principio de la realeza sin el cual, al menos para México, no puede haber república.

Termino con una referencia a algo paradójico. Hoy el campeón de la democracia en el mundo es un imperio de corte estrictamente oligárquico, y de entre los imperios oligárquicos, el más perverso que haya habido, de corte financiero o usuario. Campeón demagógico de la democracia, precisamente porque sus intereses, de signo contrario, los conserva inconfesos, soterrados. La nación angloamericana y sus ideólogos tienen una larga tradición demagógica, la cual, primero ensayan en el frente

doméstico para derrotar al humor popular de las clases medias, y después, ya probada su eficacia como razón de Estado, emplean en el frente imperial externo, justamente en contra de naciones democráticas. Tal es el caso de lo que ocurrió en forma reciente en la pobre, acosada y aguerri-da Nicaragua, en donde los dirigentes sandinistas, luego del golpe de mano que les diera Gorbachov, acabaron por creer que la mejor manera de demostrar su fervor democrático era convocando a elecciones oligár-quicas; es decir, que con ingenuidad lastimera quisieron probar lo que eran con un instrumento que los destrufa.

No debe por eso extrañar que hoy más que nunca, ya resuelta la contienda entre las oligarquías financieras y las democracias obreras, el discurso de la retórica internacional sea rampantemente demagógico. Porque hay demagogia cuando para defender la pretensión oligárquica de dominio sobre el mundo se esgrimen argumentos democráticos. De ahí que los hombres que todavía aspiren a una vida superior a la animal, quiero decir, los que todavía pueden elegir ser más políticos que animales, deban combatir esta razón de Estado ideológica. Para ello la única vía posible es el saber, el saber de la palabra verdadera, la palabra política que nunca ha sido ni podrá ser otra cosa sino obra de paciente educación.